Que sepa coser, que sepa bordar

Reflexiones sobre mi obra

Durante la pandemia, como dentro de un ritual lúdico, estuve seleccionando fotos, documentos y objetos de mi infancia.

Comencé haciendo un pequeño archivo familiar, recordando el pasado. Surgieron ausencias y presencias que marcaron mi vida y le dieron sentido. Aquellos tímidos dibujos bordados con los que comencé a cristalizar este proyecto se fueron convirtiendo en fuertes y desafiantes *collages*, y luego en grandes telas que expresaban mi sentir.

De la narrativa autorreferencial que relataba anécdotas vividas, fui migrando hacia temas vinculados con la desigualdad de género y al papel de la mujer como trasmisora de enseñanzas y valores en una sociedad patriarcal.

Pertenezco a la generación de los 50 en la cual se naturalizaba la violencia de género, había una marcada desigualdad, pocas mujeres estudiaban o terminaban sus estudios, muchísimas luego de casarse dejaban de trabajar o de estudiar para dedicarse pura y exclusivamente a su hogar.

Había que casarse joven, ser ama de casa y ser madre. La sociedad discriminaba a quienes no cumplían con esos mandatos.

Los hombres que participaban en las tareas domésticas o en la educación de los hijos eran pocos. Ellos eran los proveedores y se enorgullecían de serlo.

El rol madre-esposa producía dependencia y cautiverio. La mujer estaba permanentemente buscando la aceptación en el otro y no en ella misma como individuo.

La discriminación, la violencia y el autoritarismo eran moneda corriente y no se denunciaban. Se nos denominaba "sexo débil" y no lo cuestionábamos, era lo aceptado en la época.

Actualmente, si bien tenemos igualdad normativa, existen jerarquías, donde la mujer queda en posición de subordinación y subsisten múltiples brechas. En algunos países, vinculadas con la falta de derechos civiles, prohibición de estudiar, obligación de casarse de niñas, ser vírgenes al momento de casarse, mutilaciones genitales y castigos verbales y físicos.

Tampoco existe igualdad alguna a la hora de percibir salarios y de ocupar cargos que solo les son otorgados a los varones. Queda mucho por resolver.

En mi obra hablo fundamentalmente de las diferencias creadas por el patriarcado, y también de la repetición de conductas y valores que protagonizamos las mujeres a través de la educación que recibimos y trasmitimos. Las madres, abuelas, maestras y niñeras somos aún –a veces inconscientemente– *reproductoras de legados culturales que llegan desde los primeros años de vida a los niños, momento en el que se genera la identidad y personalidad de los mismos.*

Isabel Allende dice "el machismo tiene origen en las madres que crían a sus hijos para ser servidos y a las hijas para servirlos".

Esa actitud replicadora de las mujeres es tratada con fuerza y aparece en mis trabajos como una sombra negra que invade mis telas y se convierte en atuendos, capas, chaquetas, gorros, hábitos o en burkas.

Pero que también aparece mutando en guantes o en bolsas de boxeo.

Tomo como símbolo el boxeo, porque en los años 50 era admirado por los hombres de mi generación.

De ahí que surgió la idea de crear bolsas de boxeo, guantes, y dibujos vinculados con ese deporte.

Al investigar este tema, me cuestiono como mujer varias cosas, entre ellas:

Qué cambio deberíamos realizar las mujeres en el rol de educadoras y trasmisoras para no reproducir modelos de antaño que nos hacen daño y nos subordinan.

Cómo deberíamos actuar para no continuar con el modelo patriarcal que nos fue impuesto.

Cómo podemos educar para trasmitir valores de equidad y justicia que nos acerquen a terminar con la gran sombra negra que nos acosa, manipula, condiciona e impide funcionar como deberíamos.

Nora Kimelman

www.norakimelman.com

Una feroz alegría que a veces compartimos

En 1929 Virginia Woolf reflexionaba en su ensayo *Las mujeres y la ficción* sobre el lugar que se le daba a la producción de las mujeres: "La respuesta está encerrada en viejos diarios, escondida en antiguos cajones, medio eliminada en las memorias de las mayores. Se encuentra en las vidas de la oscuridad, en aquellos pasillos de la historia casi sin iluminación, donde las figuras de generaciones de mujeres son apenas percibidas". Casi un siglo después, la artista Nora Kimelman genera una dramaturgia visual íntima, donde partiendo de sombras atávicas nos lleva a un espacio luminoso de la memoria activa, aquella memoria que se abre camino a lo que uno recuerda, haciendo un recorrido por miles de páginas corriendo en silencio, entendiendo lo esencial para seguir avanzando, acercándose a su propia historia de vida. Que luego se concreta en un universo posible, una narrativa sobre NOSOTRAS.

Evidencias

Lo que es dado de forma consciente o inconsciente, nos referimos al legado, recibido más allá de ser aceptado. Todo lo que construye nuestras imágenes, el sentido de pertenencia y referencia a nuestra propia genealogía. Es allí, en esa trama, en donde la artista pone manos a la obra. Literalmente levanta una copa antigua rota, que perteneció a su familia, la información que vuelca evidencias se encuentra en la presencia de su abuela de origen judío quien fue un pilar en su vida. Durante la pandemia y a través de su investigación puertas adentro, de ese lugar privado en diálogo consigo misma y con su mundo de objetos, casi como una gran alegoría en donde cada pieza cobra el sentido exacto, la artista logra el ensamblaje esencial de cada una de las mujeres que hace eco en esta exhibición. La narrativa visual, no exenta de una poética removedora y de un mensaje que denuncia la atrocidad que viven las mujeres en el siglo XXI.

Esto se plasma en ocho obras de gran porte, cuyas capas de telas van habitando el cuerpo de dos mujeres musulmanas a las que la artista da expresión a sus rostros y las llama: *"Yasmin y Monireh"*, lo atávico comienza a aparecer en diferentes credos, mujeres judías, católicas, son las culturas a las que inviste también la artista y nombra con sencillez impoluta, *"Mahsa"*, *"Mujer Copa"*, *"Aguerrida"*, en cada una un homenaje confeccionado.

Guantes de boxeo

En muchas obras se distinguen los guantes de boxeo que Kimelman toma como símbolo de defensa, e inviste a estas mujeres compartiendo ese elemento. Este objeto se vincula con que la artista debía acompañar junto a su hermano, a su padre a presenciar las peleas de boxeo, que se llevaban a cabo en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Este hecho que la marcó por el grado de violencia y porque desde muy joven se contrapuso a las imposiciones patriarcales, es traído al presente y procesado en este largo trabajo que lleva a cabo. Con su capacidad visual y analítica sobre la situación actual de las mujeres, Kimelman remarca que nuestra historia actual como nación padece permanentes femicidios, y lo afirma en trazo, en cada obra, desde su posición como artista, defensora de los derechos humanos frente al estado de vulnerabilidad en el que se encuentran expuestas las mujeres que mueren mes a mes en Uruguay, hecho que se replica en todas partes del mundo.

Y allí la creadora se pregunta acerca de cómo liberar esta narrativa que se impone como naturalizada, de qué formas las artistas podemos cambiar profundamente el sentido de la vulnerabilidad y la invisibilización que pasa por nuestros cuerpos. También se centra en lo instituido sobre la figura de la mujer, aquello que le es dado como la que recibe el daño de manera natural, la que en cada religión o frente político lidia con la necesidad de ser más fuerte, más inteligente, para poder ser. Y enfrenta al victimario de forma singular, en medio de la sala penden ocho sacos de boxeo de gran escala y bajo peso, esa liviandad aparente está sostenida radicalmente por las imágenes de mujeres que en un universo potente y ecléctico son presencia, reclaman su lugar en el mundo y en su comunidad. Para enfrentarse a estos sacos de boxeo

hay que detenerse, contemplar por un minuto las texturas, que capa a capa forman un habitar. De este espacio singular, en donde la escala humana se personifica en cada uno de estos exquisitos ensamblajes, cada mirada ejerce una zona de interpelación, cada mujer en sus ojos mantiene vivo un mensaje, hacer luz sobre un tema, narrar su disidencia, legar sus guantes de boxeo para que otras generaciones ya no necesiten resistir y sean un objeto que nos vincule con la memoria activa.

La artista

En la intimidad de esta muestra, los objetos del acopio cobran fuerza, un “bombachudo” con el que hizo gimnasia en su juventud se convierte en vestidura que marca otra evidencia, la mujer y el ser artista, la evidencia de un tiempo en el que se encuentra en plena batalla por nuestros derechos como artistas visuales, los guantes de boxeo son un elemento fundamental en esta muestra. La obra de Nora Kimelman *in totum*, nos propone celebrar las humanidades, celebrarnos en todas nuestras dimensiones como mujeres, siguiendo a Judith Butler, hacer que nuestras herramientas, nuestro arte, nuestra ciencia y todos aquellos lugares en los que operemos, se conviertan en humanidades posibles para liberar hegemonías, miedos y cualquier otro acto, para sin miedo avanzar sobre nuevas concepciones de existencia. Hay una obra particular que es iniciática y que se presenta hacia el final de este amplio recorrido de ensamblajes potentes, de cuerpos al borde. Es la instalación *Que sepa coser, que sepa bordar* que emplaza Kimelman con un antiguo sillón hamaca Thonet, que era de su abuela, de la parte inferior penden extensas ramas que quieren ser raíces y la pieza de estilo se eleva por sobre ellas, como si tomara vuelo frente a todo reclamo patriarcal, son la certeza de que podremos seguir construyendo sobre aquello que nos muestre el camino. De esta forma la artista abre su intimidad, su legado, su acopio como testimonio de vida. En palabras de Judith Butler: "unidas en y al ámbito de lo viviente, todas obligadas a salvaguardar y a procurarnos una vida común en la tierra; obligadas a afirmar la no violencia aun cuando nos debatamos con una ira justificable. Esto supone, tal vez, una necesidad, incluso, en el mejor de los casos, una feroz alegría que a veces compartimos”.

Jacqueline Lacasa
Curadora